

## EL SOCIÓLOGO DE LA EDUCACIÓN\*

*François Dubet*

Desde *Los Herederos*, la sociología de la educación, propuesta por Bourdieu, se ha impuesto como un paradigma. Es una teoría “total”, formalizada en *La reproducción*, que la podemos presentar como una inversión crítica de las concepciones clásicas de la escuela y de la educación.

Hablemos del “fenómeno Bourdieu”, que ya existe. Hay al menos tres formas de trabajarlo. La primera es estrictamente política: nos preguntamos por la “izquierda de la izquierda”, sobre lo que en ella se expresa y sobre cuáles son sus perspectivas. La segunda pregunta consiste en establecer el retomo de una especie de compromiso intelectual, en las relaciones entre el conocimiento y la acción, y de las estrategias y las redes movilizadas con ello. La tercera pregunta trata sobre el análisis de la obra científica de Pierre Bourdieu, sobre sus puntos fuertes y sus debilidades, y sobre las razones de su éxito. Este último camino que he escogido, respecto a la obra de Bourdieu, es el que más eco ha tenido: la sociología de la educación.

Como se ha dicho, desde *Les Héritiers*, la sociología de la escuela propuesta por Pierre Bourdieu, se ha impuesto como un verdadero paradigma. Es una teoría “total”, considerando que, con base en ella, cada individuo puede definirse, esté a favor o en contra, y para ello es necesario admitir que la mayoría de los sociólogos se han visto favorecidos, conservando sus trabajos como prolongaciones o como ilustración de esta teoría, formalizada después en *La Reproducción*. Así, podemos presentar la teoría de Bourdieu (y también la de Jean-Claude Passeron) como una inversión crítica de las concepciones clásicas de la escuela y la educación.

A lo largo del tiempo, la educación escolar, y más exactamente la educación republicana, ha sido considerada como una *paideia* que permite a los niños acceder a una cultura universal y construir con ésta una autonomía personal. Dicho aprendizaje estaba destinado a realizarse en una institución “neutra”, regida por leyes propias, independientes de las formas de dominación y de las culturas sociales. Además de criticar esta concepción, Pierre Bourdieu la invierte.

En efecto, ahí donde se tenían culturas científicas y literarias, “objetivas” y universales, es necesario percibir los intereses de las culturas de clase. Sin duda, la cultura escolar no es directamente la cultura burguesa, pero es directamente compatible con ella, particularmente a través de los códigos de comportamiento, lingüísticos e intelectuales que le están asociados. Desde este punto de vista, y para que la inculcación cultural resulte eficaz, conviene que los actores, especialmente los profesores, o ignoren tal compatibilidad o la redefinan. El engeguamiento de los actores es una de las condiciones del funcionamiento del sistema. A causa del

---

\* François Dubet, *Magazine Littéraire* No. 369, pp. 45-47, octubre de 1998. El autor es sociólogo, profesor de la Universidad de Bordeaux II, ha escrito trabajos sobre la educación, como: *Les lycéens* (Editions du Seuil, 1991); con D. Martuccelli, *À l'école* (Editions du Seuil, 1996). Traducción: Álvaro Moreno Durán.

sesgo en las retóricas escolares, la escuela de clase se percibe como una escuela universal, puesto que desconoce explícitamente la arbitrariedad cultural sobre la cual reposa.

El funcionamiento de la escuela, en especial el de la relación pedagógica, es considerado como una máquina para reproducir desigualdades sociales. No hay igualdad de oportunidades porque los talentos y los “dones” han sido desigualmente distribuidos, pero, además, porque la escuela favorece las actitudes y las disposiciones, los *habitus*, propios de las clases dirigentes: la disertación, lo oral, las maneras de trabajar y de jugar, son algunas de las maneras para seleccionar a los niños de las clases dominantes, excluyendo a los otros. Desde este punto de vista, las diversas reformas suelen ser ilusiones, o astucias que sólo cambian los mecanismos de la reproducción para hacerlos más seguros. En fin, la escuela de la reproducción no produce individuos libres y autónomos, pues la crítica escolar forma parte del universo escolar en tanto modo de selección y, sobre todo, porque las desigualdades escolares percibidas como desigualdades de mérito vuelven legítimas las desigualdades sociales, de donde realmente proceden y que siempre reproducen. En efecto: la escuela es un aparato para la dependencia.

Es necesario preguntarse por el formidable éxito de esta teoría rápidamente vulgarizada. Su carácter crítico anticipa, en principio, y acompaña después, los desencantamientos que engendra por la masificación escolar.

Mientras seguíamos creyendo, en los años cincuenta y sesenta, que las desigualdades escolares mantenían únicamente las desigualdades del acceso al sistema escolar, la creación progresiva de una escuela de masas abierta a todos no lograba una igualdad de oportunidades escolares. La escuela que considerábamos cada vez más justa, se mostraba de una u otra manera cada vez más injusta. La teoría de Pierre Bourdieu explica este fenómeno, a saber: que todos los niños fueran a la escuela no significaba que obtuvieran todos el mismo éxito. El éxito de esta teoría tiene también méritos propios. Es una teoría “total”, en el sentido que reúne los fenómenos estadísticos y las interacciones escolares, y permite numerosos desarrollos y múltiples extensiones, como ocurrió con el libro de Jeannine Verdès-Leroux, *Le travail social* (Minuit, 1978). Dicho de otro modo, este paradigma, extremadamente coherente y condensado, pudo traspasar lo que ocurría en el solo mundo escolar.

Sin embargo, creo que tal éxito se explica por una razón más sutil. La teoría de la reproducción es tan “fuerte” que explica los hechos que, a *priori*, la contradicen. Las excepciones estadísticas que encierran la teoría, en realidad, la confirman, al igual que la excepción confirma la regla, porque comportan ilusiones necesarias para el funcionamiento lógico del sistema. Las reformas nunca son verdaderos cambios; en cambio, sí lo son las progresivas adaptaciones a una ley fundamental. Desde entonces, y creo que en esto radica lo esencial de la teoría bourdieusiana, es la defensa de todo un poder intelectual y subjetivo. De un lado, las objeciones hechas a la teoría son previstas y confirmadas por la teoría misma, un poco como la resistencia al psicoanálisis participa en la verdad del psicoanalista. Nos situamos en un *universo no popperiano*, en el que todos los hechos no hacen otra cosa que confirmar la teoría. Por otro lado, y sobre todo, esta teoría presenta una ventaja extraordinaria que consiste en atribuirle a quienes definen los programas curriculares, un monopolio del sentido, que implica el encegucimiento y las

ilusiones que de este monopolio se hacen los actores sociales. Paradójicamente, esta crítica del poder pedagógico refuerza el poder pedagógico de quienes también denuncian el monopolio y llevan al absurdo toda pregunta dirigida hacia la ilusión o el resentimiento. Por ello, esta postura explica el éxito de la teoría para los profesores que pretendían desenmascarar también su poder, aunque lo legitimen nuevamente en sus conferencias, con esa postura elegante, histórica y en sí misma crítica.

El resto de la teoría bourdieusiana es tan supremamente fuerte que no ha encontrado reemplazo ni en extensión ni en coherencia. Todo sociólogo de la educación debe revisar la teoría de la reproducción y confrontarla, dado que no existe realmente otra que sea a la vez una teoría de la escuela, de la movilidad social, de la sociedad y de la acción. Por esa razón, hace más de una decena de años que la sociología de la educación se aleja de este paradigma. Las famosas excepciones han comenzado a interesar mucho a los investigadores, pero aunque el sistema esté regido por leyes generales, la escuela está muy lejos de ser homogénea. Todos los profesores y establecimientos son eficaces, pero en grados distintos. Los alumnos son también los sujetos de la educación y no pueden ser considerados como simples receptáculos de una socialización determinista. Las “leyes” de la reproducción son ciegas, escondidas y están recubiertas cada vez más por las de un “mercado escolar” mediante las cuales los individuos obran racionalmente. No es claro que los cuerpos escolares sean simples derivaciones de la cultura burguesa; el mismo Pierre Bourdieu lo sugiere cuando defiende los valores de la escuela republicana y las clases medias del Estado. El orden escolar, apacible e interiorizado por los alumnos, parece poco verosímil ante la cantidad de clases y establecimientos... En pocas palabras, la mayoría de los sociólogos de la educación se han alejado, de hecho, del modelo que hace la reproducción. Todos sus trabajos proceden de los cambios en el clima político, ahora que el horizonte de la revolución se aleja, y resulta preciso preguntarnos, sobre todo, cómo mejorar el sistema. Ahora bien, ninguno de estos trabajos forman una teoría alternativa a la de Pierre Bourdieu y, desde este punto de vista, el paradigma de la reproducción no ha “pasado” y es simplemente más sencillo retomarlo: la gran teoría crítica del modelo de la escuela republicana no somete a discusión, sin embargo, ni los valores ni los ideales. Además, no es sorprendente que, de una manera precisa, Pierre Bourdieu los retome para su crítica al neoliberalismo rastrero.

Hoy en día, la teoría de la reproducción no explica, ciertamente, el carácter del compromiso de Pierre Bourdieu, en tanto intelectual; participaríamos de un cierto cientificismo si lo afirmáramos. Por lo tanto, existe una filiación entre las formas de la teoría y del compromiso intelectual adquirido por su autor. Esta teoría supone una ignorancia de los actores y, en cierta medida, convierte a Bourdieu en el único y verdadero autor de la verdad. Es una teoría que no “discute” nada, y que divide el mundo entre amigos y enemigos. Al mismo tiempo es crítica, pero sólo habla de una dominación, y de un pueblo reducido al silencio y al sin sentido. Sólo el intelectual que se identifica con la verdad está autorizado a hablar de ella, o con ella. Cualquiera que sea su poder mediático, intelectual o editorial, el sociólogo estará siempre dominado, mientras sea parte de un pueblo abusado y presto a la emancipación.

Personalmente, no comparto las escogencias actuales de Pierre Bourdieu, pues lo encuentro excesivo en la manera como instala un grupo en el pensamiento académico, pero presentándose como víctima de todos los poderes y de todos los *complots*, hablando al mismo tiempo en nombre de la ciencia y del pueblo. Por lo tanto yo, que no soy "bourdieusiano", y que no lo he sido nunca, no quisiera que el Pierre Bourdieu de hoy olvidara al sociólogo de ayer, al imponer una quietud inalterable que sólo deja como alternativas la ignorancia o la idolatría. Probablemente ésta sería la mayor injusticia de su regreso al trabajo, y el camino más seguro hacia el olvido.